

Noticias de ninguna parte: La cuestión irlandesa

ALEC CHARLES :: 09/06/2022

"Te contaré un pequeño secreto", me dijo un alto diplomático irlandés. "No queremos el Norte. Los británicos no quieren el Norte. Nadie quiere el Norte"

Cuando era más joven -mucho más joven que ahora- pensaba en la guerra como algo que tenía lugar en algún lugar separado del resto del mundo, en algún lugar distante y deshabitado, un lugar al que los soldados iban para resolver sus diferencias: un campo de batalla medieval rural y remoto, la tierra de nadie de la Primera Guerra Mundial, un campo de duelos para hombres honorables que parpadeaba en imágenes granuladas en las pantallas de televisión.

Era una fantasía irremediablemente romántica del conflicto militar. Nadie bombardeó escuelas u hospitales, ni quemó ciudades hasta los cimientos. Nadie utilizaba excavadoras industriales para cavar trincheras para fosas comunes.

Pero la guerra total de hoy es, por supuesto, totalmente diferente. En la guerra contemporánea, los ciudadanos no combatientes son las primeras y más visibles víctimas. Una gran parte de los daños causados son colaterales. Como tal, este tipo de guerra es prácticamente indistinguible del terrorismo. Es el terror desatado a gran escala. Los gritos de los niños hacen saltar por los aires nuestros sueños sobre las reglas de la caballería militar.

Por eso la situación en Oriente Medio y Europa del Este es tan importante. Y es también por lo que las actuales incertidumbres que han surgido sobre las perspectivas a largo plazo de la continuación de la paz en la isla de Irlanda son tan urgentemente significativas.

Porque, aunque parezca absurdo decirlo, el futuro de esa paz irlandesa en curso está ahora de nuevo en cuestión.

Pero rebobinemos por un momento a tiempos ligeramente más inocentes. Una vez, hace mucho tiempo, tuve un amigo que ocupaba un alto cargo en el servicio diplomático de la República de Irlanda. Una noche, después de tomar varias copas en el mostrador de nuestro bar local, Su Excelencia el embajador se dirigió a mí con un brillo conspirador en los ojos.

"Te contaré un pequeño secreto", dijo. Me inclinó hacia delante para captar sus palabras susurradas. "No queremos el Norte. Los británicos no quieren el Norte. Nadie quiere el Norte".

Pero eso, por supuesto, fue hace muchos años, y las cosas son muy diferentes ahora. El Ulster ya no es el desastre económico, la vorágine social y el caso político que fue en su día. Al menos, no del todo. Social y económicamente, la provincia se ha desarrollado a un ritmo alto desde el estallido de la paz relativa hace casi un cuarto de siglo. Sin embargo, desde el punto de vista político, sigue habiendo cismas que salvar y picos muy traicioneros que escalar.

No obstante, su suerte ha progresado ciertamente desde 1844, cuando un futuro Primer Ministro británico definió la cuestión irlandesa como el enigma de un Estado vasallo compuesto por "una población hambrienta, una aristocracia ausente y una iglesia extranjera; y, además, el ejecutivo más débil del mundo".

La República de Irlanda se liberó formalmente del yugo de Westminster hace un siglo; Irlanda del Norte optó por seguir formando parte del Reino Unido. Ya no está [tan] sometida al hambre ni a los terratenientes ingleses, y goza de mayores libertades religiosas, pero la provincia sigue sufriendo bajo uno de los ejecutivos más débiles del mundo. Y la sombra de las controversias sectarias sigue planeando.

Y ahora también se enfrentan a los problemas de las consecuencias imprevistas del Brexit. (¿Imprevistas? Bueno, quizás no del todo).

Una de las mayores preguntas en boca de los 'Remainers' [los que votaron para que Gran Bretaña siguiera en el UE] durante la campaña del referéndum del Brexit de 2016 fue qué pasaría con la frontera terrestre en Irlanda. El Acuerdo de Viernes Santo entre los gobiernos del Reino Unido e Irlanda y los principales partidos políticos de Irlanda del Norte -que en 1998 había allanado el camino hacia la paz- siempre ha dependido de la porosidad de la frontera que divide los dos territorios que componen la isla de Irlanda. Aunque tanto Irlanda como el Reino Unido seguían formando parte de la Unión Europea, eso no era un problema: la pertenencia a la UE exigía acuerdos para la libre circulación de bienes y personas a través de sus fronteras interiores. La salida del Reino Unido del mayor bloque comercial del mundo cambió todo eso. Los controles fronterizos volvieron a ser imprescindibles.

Hace seis años, los líderes de la campaña del 'Leave' [salir de la UE] dijeron que esto no sería un problema. Pero ahora es un problema muy importante (y, obviamente, siempre lo iba a ser); y esos mismos 'Brexiters' -Boris Johnson, el principal de ellos- tienen ahora que resolverlo.

La solución de Johnson, alcanzada en el acuerdo del Brexit del Reino Unido con la UE en diciembre de 2019, fue lo que llamamos el Protocolo de Irlanda del Norte. Este requería que las mercancías fueran controladas al llegar a Irlanda del Norte desde Gran Bretaña, y no al viajar desde Irlanda del Norte a la República de Irlanda. Esto permitía mantener la libre circulación a través de la frontera irlandesa. En los últimos dos años, el Primer Ministro ha amenazado repetidamente con revocar este acuerdo, a pesar de que fue él mismo quien lo negoció originalmente.

Este problema norirlandés se ha visto últimamente agravado por las tácticas del Partido Unionista Democrático (DUP). Como partidarios intransigentes de que su provincia siga unida a Gran Bretaña, la oposición de este partido protestante de línea dura a una Irlanda unida (y predominantemente católica) ha cimentado su posición de antagonismo hacia el Protocolo de Irlanda del Norte, que consideran que divide al Ulster de su hogar 'continental'.

Las elecciones del mes pasado para el parlamento de su país dieron como resultado que sus rivales republicanos, el Sinn Féin, superaran por primera vez al DUP en el segundo lugar y

se convirtieran en el mayor partido individual en el parlamento de Belfast, en Stormont. Sin embargo, esto no resolvió el problema en absoluto.

La cuestión se ha intensificado porque la constitución norirlandesa exige que ambos partidos cooperen para formar un gobierno de poder compartido, dirigido a partes iguales por un Primer Ministro y un Viceprimer Ministro. El DUP se ha negado a participar en este ejecutivo hasta que se suprima el Protocolo de Irlanda del Norte. Aunque el Sinn Féin ganó las elecciones y apoyó el protocolo, no puede nombrar a un Primer Ministro hasta que el DUP acepte nombrar a su Adjunto.

Esta situación ha provocado un estancamiento -una parálisis administrativa- que el gobierno británico está desesperado por romper. Desgraciadamente, la única manera que ven de romperlo es anulando el acuerdo que ellos mismos firmaron con la Unión Europea hace sólo dos años y medio.

Después de haber recibido asesoramiento jurídico de que hacerlo representaría una violación del derecho internacional, el gobierno británico ha buscado y obtenido asesoramiento que sugiere que no lo haría. Sin embargo, son muchos los que están muy preocupados por el daño que esta marcha atrás causaría a la reputación mundial del Reino Unido.

El plan de Boris Johnson de promulgar legislación para anular este aspecto de su acuerdo de Brexit ha tenido una respuesta algo desigual tanto en el Reino Unido como en el extranjero. El portavoz de Asuntos Exteriores de los liberales demócratas advirtió de las repercusiones económicas de una posible guerra comercial con la UE. El presidente tory [conservador] de la Comisión de Irlanda del Norte del Parlamento británico observó pertinentemente que le parecía extraordinario que una administración conservadora necesitara que se le recordara la máxima de Margaret Thatcher de que "el primer deber del gobierno es cumplir la ley" y que "si intenta esquivar ese deber cuando es inconveniente, entonces nada es seguro". El presidente del Sinn Féin sugirió que el DUP estaba chantajeando a la nación.

El presidente de la subcomisión de Europa de la Cámara de Representantes de EEUU expresó su "grave preocupación" por el debilitamiento del Acuerdo de Viernes Santo. La presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, señaló igualmente que las acciones del gobierno británico amenazan con poner en peligro ese acuerdo crucial. El Ministro de Asuntos Exteriores de Irlanda denunció la perspectiva de "una acción unilateral, anunciando una legislación que esencialmente violaría el derecho internacional". Una delegación visitante de políticos estadounidenses coincidió en que esa acción unilateral no funcionaría. El Vicepresidente de la Comisión Europea también desaconsejó los peligros de esa "acción unilateral". El Primer Ministro irlandés advirtió del riesgo de que estalle una guerra comercial si el Reino Unido rompe su acuerdo con la UE.

El mes pasado, el ex líder del Partido Conservador, William Hague, había calificado otro giro del gobierno de Boris Johnson (su decisión de no seguir adelante con una importante iniciativa sanitaria diseñada para abordar una crisis nacional de obesidad) como "políticamente débil, intelectualmente superficial y moralmente reprochable". Esto parecía una acusación bastante apropiada del enfoque de este régimen en su conjunto, ya sea en

relación con el escándalo del "Partygate" o con esta nueva amenaza para la relación del Reino Unido con Europa, y de su capacidad para alcanzar acuerdos internacionales vinculantes y las perspectivas de una paz continua en la isla de Irlanda.

En este contexto, un reciente informe de la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento en el que se censura la "falta fundamental de seriedad o liderazgo" del Ministerio de Asuntos Exteriores durante la desastrosa evacuación tras la derrota de Afganistán no ha reforzado la confianza en las posibilidades del Gobierno británico de resolver esta última crisis.

Fueron las palabras de Boris Johnson las que, en 2016, metieron a Irlanda del Norte en este lío. Sus continuos actos de duplicidad y argucias pueden tratar de dar una patada al problema más por lo bajo; pero, a medida que rueda por el fango de la política charlatana de su administración, solo atrae más de esos detritus sobre sí mismo, engrosando su fea y enrevesada forma, pesando como una piedra de molino colgada alrededor del cuello de la nación, corrompida con la podredumbre de las falsas promesas y mentiras de un líder caído en desgracia.

Boris Johnson no es más conservador que Donald Trump es republicano. Ninguno de los dos está motivado por sus convicciones políticas, sino por un interés miope y una vanidad personal. La arrogancia, la ambición y la descarada deshonestidad de Johnson arrancaron a Gran Bretaña de una próspera alianza económica con sus vecinos más cercanos; su incompetencia e inacción provocaron decenas de miles de muertes evitables durante el punto álgido de la crisis de Covid; su reputación de negociador desperdició la oportunidad, en la conferencia sobre el clima del pasado noviembre, de lograr un progreso significativo para evitar el colapso medioambiental mundial.

Después de todo, se trata de un político que, a finales del mes pasado, sólo dos días después de la publicación de un informe oficial que condenaba su falta de liderazgo moral, cambió los criterios del código de conducta ministerial de su régimen para dificultar el despido de los miembros del gobierno en activo. Al hacerlo con su propio ejemplo, pasó a comprometer las normas de comportamiento en la vida pública a nivel formal y reglamentario. Como escribió el editor político de la BBC la semana pasada, esta implacable controversia ha corroído la confianza de sus propios colegas "en cuanto a si las grandes promesas políticas pueden cumplirse", incluyendo, en particular, sus promesas sobre el Protocolo de Irlanda del Norte.

Y así, mientras la cuestión irlandesa emerge de nuevo, la paz, la seguridad y la integridad de la nación pueden ser el último precio que el Reino Unido tiene que pagar por el narcisismo perezoso y cobarde de su líder, por su elección de un primer ministro cuyo ego hinchado abruma su capacidad de escuchar a la razón, cuya fe ciega e ilimitada en su propia infalibilidad le hace actuar sin pensar en las repercusiones de lo que hace.

Uno trata de evitar la tendencia a que sus argumentos caigan en la fácil táctica del ataque ad hominem; y sin embargo, parece ineludiblemente claro que el mayor problema de Gran Bretaña, una vez más, se reduce a su Primer Ministro. Baste decir que sería terriblemente injusto sugerir que el Primer Ministro del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte es a la vez un cabeza de cerdo y un ignorante, un auténtico cerdo. Sería, por supuesto,

tremendamente injusto para los cerdos.

En 2016, el cincuenta y seis por ciento de la población de Irlanda del Norte votó por permanecer en la Unión Europea. Una reciente encuesta de opinión mostraba que el treinta por ciento de los habitantes de la provincia votaría a favor de la unificación de Irlanda, mientras que el cuarenta y cinco por ciento quería que el Norte siguiera formando parte del Reino Unido. Tras el éxito sin precedentes del partido republicano en las elecciones del mes pasado, la amenaza del regreso de una frontera dura en la isla de Irlanda podría empezar a influir en las opiniones de la cuarta parte indecisa del electorado del Ulster. La perspectiva de vivir en una Irlanda unida dentro de la UE, un estado ilustrado a un mundo de distancia de la miseria de Westminster, podría anular las anticuadas preocupaciones lealistas de mucha gente. Paralelamente al continuo éxito de los nacionalistas en la política escocesa, esta evolución podría anunciar, tras más de dos siglos de unión, la fragmentación del Reino Unido.

Boris Johnson es el primer Primer Ministro británico que también ostenta el título de "Ministro de la Unión". Es un honor que en 2019 se confirió a sí mismo. Es un papel en el que, como muchas de sus responsabilidades, este líder tan desesperadamente ineficaz parece destinado a fracasar.

Al Mayadeen

<https://www.lahaine.org/mundo.php/noticias-de-ninguna-parte-la>